Verano/12

ombra

Por Julio Nudler) Piel de sombra. Sombra de humo. Ojos sombríos sobre las manos asombradas. El mar asombroso, buscándose entre brisas y brumas, soles y penumbras. Tu sombrilla. El sombre-ro colgado que se despide de cada ráfaga. Camino a contrasombra por recuerdos ya ensombrecidos, a lo largo de un largo bramido azul, remontando el umbrío final que siempre acaba al pie de tu sombra, allí

donde se retuerce para envolverte en la media sombra que parte la tarde. Luz y sombra que estallan en tus párpados impensables, rojos de paisajes irritados de arena incendiada, azules y vagos. Sombra de bronce, entresombra extraviada al caer de la noche, ahuyentando sombredades que esconden caricias de musgo. Ser sombra, fugacidad, gaviota que grita en las estelas el ardir repetido. Huellas húmedas, cuerpos fríos. Desolación, la otra manera de estar en sombras, tendido detrás de una celosía de memora, engañosas. Lluvia fingida de glicinas, pámpanos, pétalos que llueven lentamente, sin gravedad. Alzo mi sombra de estaño para eubrirte con ella y me dejo ir por la cornisa vertiginosa del acantilado. Trazo la distancia y escapo como la espuma que pierde los ojos a medida que alcanza la orilla que había rastreado entre crestas y remansos, pretendo olvidar que no podré, que la sombra fue empapándolo todo, tragándose en su mancha viajera lo que quedaba de blamco. Oros, cobres, fulgores, todo se funde cuando tu lugar ha quedado vacío, ausente, incapaz, aniquilado, cuando del lienzo se cayó el retrato, cuando tu cuerpo se mudó como los médanos que decidieron probar nueva suerte, otras fibiezas, otros olvidos. Piedras, puentes, paredes, parapetos, paradores, puentes, postergaciones del sueño ante cuyo umbral me detengo. Umbral umbrío, sucio, reacio. Sobre él doblo mi sombra perpleja y me siento a montar guardia para sorprender tu aurora, tu primera pereza, las primeras risas que alguien te escuchará de más cerca, mientras mis huesos entumecidos busquen er guirse. Tu boca se llenará de medias lunas, café, leche y unas gotas de rocio casi antes del sol, antes de atravesar con tu sombrero y tu sombrila la puerta donde habré soñado mí noche de amante en sombras.

ECTURAS



sta noche tengo que ocuparme de mis dos hijas. Tienen doce y trece años y se lla-man Lorena y Aldana. En general las lla-mamos "las mellizas" porque, a pesar de que nacieron con diez meses de diferen-

cia, son prácticamente idénticas. Gabriela me recomendó que llevara a las me llizas al Circo de Moscú cuando las pasé a bus car. A mí nunca me gustó el circo, así que le pe

car. A mi nunca me gusto el circo, así que le pe-dí una alternativa. "Hollywood on Ice", me dijo. Sin embargo Lorena y Aldana prefieren elcir-co. Supongo que porque es un espectáculo más específicamente infantil; el patinaje artístico puede dar lugar a confusione

Pero con tantos monos y malabaristas los tres salimos de la carpa un poco mareados. Caminamos unas cuadras para despejarnos y cuando va-mos por una avenida comercial mi hija Lorena de pronto se escabulle y corre hacia una iglesia de pronto se escabule y corte nauta una gasan.
Veo que intenta entrar pero las puertas están cerradas; ya es de noche. Tengo que salir disparado a rescatarla y explicarle que no somos creyentes. Lorena me escucha con una expresión vacía. Estamos los dos al final de las escaleras. Aldana nos mira desde abajo, parada cerca de cordón de la vereda. Estamos dando un espectáculo. "La televisión", pienso. No veo el día en que mis chicas se hagan independientes.

Las llevo a mi casa. Desde hace dos años con-

vivo con Cecilia, que es psicopedagoga y no se lleva demasiado bien con las chicas. Dice que la inquieta demasiado que sean dos gotas de agua y que no hayan nacido el mismo día.

Cuando se quedan conmigo, las mellizas duer men en el escritorio. Tengo una especie de di-ván con una cama que se saca de abajo para ellas

Pero a la hora de acostarse me obligan a que la lleve a un local muy pesado de San Telmo.

Gabriela ahora está de novia con un rockero y su grupo toca esta noche. Mis hijas no se lo quieren perder por nada del mundo. Me imploraron tantoque tuve que acceder. La madre no puede ocuparse de ellas durante el recital: tiene que estar back stage.

El grupo resulta mucho peor de lo que me es peraba. Hombres de treinta y cinco transpiran-do arriba de un escenario para un público de die ciséis años promedio. Pienso en escribirle una entita a Gabriela para que su novio la encuentre en la mesita de luz: "El rock murió; lo siento", y mi firma. Pero Gabriela debe estar eufórica viviendo su segunda juventud; hasta debe haber probado drogas duras.

Al día siguiente tengo una discusión con ella por el tema de la televisión y la Iglesia: cuando nos divorciamos habíamos quedado en dos horas por día máximo. Me dice que tengo razón, pero que no tiene forma de controlar a la muca-ma. Le pregunto si es una fanática. Me confie sa que un día volvió más temprano a la casa y la encontró a Lorena arrodillada con tres rosarios que le colgaban del cuello en el cuarto de servicio, que estaba lleno de velas. Le pido que la cio, que estaba lleno de velas. Le pido que la eche pero ella me contesta que es honesta y rá-pida, responsable y trabajadora. "Les llena la ca-beza de cosas raras a tus hijas." "Es muy difícil conseguir buenas mucamas." "Más difícil es tener una hija clericaloide y chupacirios." "Ya to vas a acostumbrar."

A partir de ese momento vivo en el terror de

que Gabriela me llame llorando para anunciar me que Lorena y la mucama se fugaron juntas Un jueves feriado, me despierto sobresaltado con la siguiente pesadilla: la policía detiene a Lore na en Plaza Once. Es de día. Gabriela y yo nos careamos con ella: está vestida con una pollera tableada oscura y una blusa blanca almidonada, en la mano tiene una guitarra. No habla, tiene la mirada extraviada, como la otra noche en las es caleras de la iglesia. Yo empiezo a pegarle bo-fetadas porque se niega a llamarme "papa": El pánico me hace consultar la situación con

mi abogado. Pero resulta ser de una familia muy tradicional y conservadora y no consigue ver adónde está el problema. Al día siguiente un compañero de trabajo me recomienda un par de abogados progresistas con estudio en Palermo Viejo. Estoy tentado de preguntarle si atienden a no vegetarianos; a veces me desconcierta esta mezcla que tengo de ideas avanzadas y reaccio-

Página/12 también

veranea en la costa

Encuéntrelo en

Pinamar • Villa Gesell • Mar del Plata Dolores • Gral . Madariaga • Miramar Chapadmalal • Necochea • San Bernardo Santa Teresita • San Clemente del Tuyú

narias al mismo tiempo.

Pero de a poco el problema se diluye, mis pesadillas se desvanecen y me resigno a creer que el fanatismo religioso de Lorena es un capricho

el fanatismo religioso de Loteia es un capatado de preadolescente. Una semana y media después Aldana apare-ze drogada en el cinturón ecológico, a trescien-tes metros de una megadiscoteca. No sabe na-la, no puede decir nada, no quiere abrir la boca-thora está con la madre. Lo único que hace es scuchar música bolichera con lágrimas en los jos. Lorena se encerró en el baño y no quiere

Estoy desconsolado, Durante días no sé qué nacer. Unos amigos me convencen una noche nara ir a jugar al paddle con ellos. Después ce-namos en una cantina italiana; ellos hacen lo misno todos los miércoles. Cuando terminamos de comer, dos de ellos me arrastran a Trump's.

omer, dos de etlos me arrastran a Trump s. Miércoles: "Executive's day".

Aldana está en la barra de la discoteca con un umbre de unos cincuenta años. Está pintarraje-da y la poca ropa que usa es ajustada y brillan-e. La miro desde donde estoy, paralizado; no uedo creer sus trece años. Veo que uno de mis los amigos se acerca a saludar al acompanio. le Aldana. Yo me muero de vergüenza. Tengo los opciones, pienso: les rompo la cara a los dos me retiro de mi vida. Esto es causa suficiente

me retiro de mí vida. Esto es causa suficiente ara que el juez le quite a Gabriela la tenencia de se chicas. Tengo las pupilas dilatadas de tanto uentar no llorar. Mi hija es una Lolita.

No armo una escena y camino solo y sobrio or Libertador de madrugada. Desde un teléfopúblico llamo a Gabriela. Me atiende la muama. Me dice que Gabriela está durmiendo y o está autorizada a despertarla. Son las cuatro media de la mañana. Le digo que es una emerencia. Dice que Dios hizo la noche para desansar y corta. Entro al Open Plaza y me siento una mesa. Pido un café doble con doble ración e crema. El bajista del grupo del novio de Gariela está sentado un par de mesas más allá con riela está sentado un par de mesas más allá con os amigotes, también de campera de cuero. De ronto entra el novio de Gabriela y se sienta con llos. Me levanto y lo encaro como si el fuera el ulpable. Ni siquiera sabe quién soy yo. Le cuento que me pasa. Nos emborrachamos juntos. icky paga los whiskies y lloramos. Ninguno de

icky paga los whiskies y lloramos. Ninguno de s dos cree en la represión.
Salimos del bar y nos subimos a su coche. icky maneja como si estuviera al frente de una ave espacial. Está completamente a cargo de la tuación y toma todas las decisiones. Estacioa en la entrada del colegio. Llega Aldana, sin stros de maquillaje ni de cansancio. Ricky le de que por favor entre al auto. Nos quedamos s tres sentados sin decir una palabra hasta despés del timbre, cuando ya no queda ningún ués del timbre, cuando ya no queda ningún umno en la calle. Siempre en silençio, Ricky nce girar la llave de arranque y llevamos a Al-una a casa de la madre.

Despertamos a Gabriela. Ricky se mete en el uño y empieza a llenar la bañadera de agua caente mientras yo le explico la situación a mi ex ujer. Por suerte Lorena duerme todavía. Gaueama se entere. Ricky entra al living y dice te la bañadera ya está casi llena. La llevamos Aldana al baño y Gabriela tira sales relajantes agua. Aldana primero se resiste a meterse en bañadera, pero nos ve a todos tan encamiza-s y perseverantes que pronto se da por venci-Para quitarse la ropa nos pide a Ricky y a mí-ne no miremos. Cuando Gabriela nos dice que podemos darnos vuelta, la vemos a Aldana stando en el agua. Por primera vez me doy enta de que tiene tatuada en el hombro izquido una palmera en miniatura.

En el living tenemos que estar en silencio por-le la mucama ya empezó a limpiar. Cada uno ne una taza de café con leche delante suyo. ola dejo intacta. Ricky se toma el café con le-e de un trago y Gabriela le da sorbitos como

Una hora más tarde, Gabriela, Ricky, Aldana vo vamos a cien kilómetros por hora derecho r la avenida Gaona. Ese mismo día la deja-

s a Aldana pupila en un colegio de monjas

Cuando más tarde le cuento a Cecilia, mi novia, lo que hicimos con Aldana, me arma una escena dramática y me deja. Cecilia es psicope-

dagoga.

Cuatro días después, a las seis y media de la mañana, me despierta por teléfono un chico de quince años. Dice que su nombre es Santiago y es el hermano del novio de Aldana; quiere hablar conmigo. Nos encontramos a desayunar en un café al aire libre. Está de pantalones cremita de corderoy y camisa celeste de jean prelavado; parece muy serio.

Santiago me mira fijo y me dice que su her-mano está desesperado. Llora sin parar desde que no puede ver a Aldana.

Lo único que puedo decirle es que mi hija se volvió imposible de controlar y que en el cole-gio de monjas por lo menos la tienen vigilada.

-Presa -acusa Santiago.

-No encontramos ninguna solución mejor. -No me va a decir que usted nunca probó las

drogas.
-Nunca -lo tranquilizo-. Ni me pintarrajeo, ni ando con hombres cuarenta años mayores que

-¿Qué guarda en la lata de pomada para za-patos que está en el tercer cajón del placard de cuarto? Me quedo unos segundos desconcertado, sin

reaccionar. En esa latita hay marihuana

-¿Por qué no vino a verme tu hermano? -Da lo mismo mi hermano o yo.

Santiago se levanta v se va.

Arranco el coche, doblo a la izquierda, y lo veo a Santiago junto a una parada de colectivo. Decido seguirlo. Se baja en Villa Urquiza y toca el timbre en una casa de una planta. Adentro se queda alrededor de una hora.Se toma otro colectivo hasta Devoto y con su propia llave abre

la puerta de un edificio.

Espero abajo. Veinte minutos después aparece con el peinado cambiado. En vez de sus talones de corderoy y la camisa de jean prelava-do tiene puestas unas bermudas verdes desflecadas tamaño extra large y una camisa enorme a cuadros azules y rojos. Baja de la vereda a la calle, apoya la tabla de skate en el pavimento y se aleja del edificio.

Yo voy detrás suyo en mi coche, a velocidad mínima. El no parece notar que lo están siguiendo. A veces se mete de contramano y lo pierdo, pero de alguna manera adivino por dónde va a reaparecer y ahí está otra vez. Finalmente, en Santa Fe y Rodríguez Peña, se pone el skate de-

bajo del brazo y entra en la galería Bond Street. Tardo unos diez minutos en encontrar un lugar donde estacionar. Entro a la galería. Busco Santiago por los locales. El ambiente es de mafia juvenil. Hay tachas tiradas por el piso y en las disquerías suena música alternativa. De pronto lo veo. Está en la puerta de un local del subsuelo charlando con un hombre gordo y de bar-ba, bastante mayor que él. Compro un fanzine para disimular, bajo las escaleras, y me siento en el café. Pido un licuado de manzana y banana. La moza es una chica de quince; tiene un ta-tuaje en el hombro izquierdo: una palmera. Leo la revista y espío. Santiago camina hacia mí. No la revista y espio. Santiago camina nacia mi. No sé si coultarme o no. Pero ya no hay tiempo, me ve y no reacciona, a pesar de haberme registrado. No se sorprende ni me saluda. Nada. Camina hacia la barra y le dice "Hola" a la moza. Ella le contesta "¿Qué tal?, Velcro". ¿Velcro?, pienso yo, y me doy cuenta de todo. No es Santiago sino es bergono al porcio de Aldras. Sen idde. sino su hermano, el novio de Aldana. Son idénticos. Velcro se sienta a una mesa, entierra la cara entre sus manos y llora.

ra entre sus manos y Itora.

Ahora la moza deja sobre mi mesa la jarrita del licuado, un vaso y el ticket. Se queda parada esperando que le pague. Sin dejar de mirar a Velcro busco dinero en la billetera y se lo doy a la chica. Mis ojos hacen foco en su hombro izquierdo y le digo: "Qué lindo tatuaje tenés". "¿Te quato?" ma dica elle. gusta?", me dice ella.

En ese mismo momento doy vuelta la hoja del fanzine y mi corazón también da un vuelco: en la página central, a dos carillas, hay impresa una foto enorme de Aldana y la moza del bar besándose en la boca. Las dos tienen un hombro des-nudo con el tatuaje de la palmera; sobre la foto,

en letras pop, está escrito: bla bla bla.

Todo gira a mi alrededor, la silla está colgada del techo, floto en el aire, el olor a tinta fres-ca me descompone. Veo doble, las luces destiñen, mis ojos rojos parecen escarchados.

Hay una puerta que conduce al Paraíso y otra a la casa de mis padres. Este es un sueño que siempre vuelve y, como todos mis sueños, nunca se me aparece como un recuerdo, sino como algo constante que sucede en el presente.

Es temprano a la mañana, viajo en el subte D, de Palermo a Tribunales. En el vagón somos todos hombres. Solamente en Pueyrredón se sube una mujer de unos treinta y cinco años, ama de casa; por un segundo nos estudia, y se cambia

En el subte, Velcro tiene la costumbre de mi-rar hacia abajo. Dice que prefiere conocer a la gente empezando por los zapatos. De a poco yo

gente empezando por los zapatos. De a poco yo también adquirí esa costumbre. Esta mañana hay mocasines, zapatillas y un par de borceguíes. Al llegar a Callao a Velcro se le caen las carpetas. Las levanta, me saluda, y se baja. De ahí va caminando al colegio. A mí todavía me quedan dos estaciones hasta el trabajo.

Ya hace dos meses que Velcro se instaló a vi-vir en mi casa. Organizó su cuarto en el escritorio, donde antes dormían las mellizas cuando se quedaban conmigo. Lorena ya no quiere venir sola a visitarme, y Aldana, los días de salida del colegio de monjas, se queda encerrada en su cuarto, en casa de la madre. La primera vez que Velcro entró en el escritorio viotantos libros que me preguntó incrédulo si los había leído todos. "Casi todos", le contesté. "¿Por qué?", me preguntó, "La literatura para mí es como una droga", dije.

Desde que me dejó Cecilia vivía solo, pero

cada vez me provocaba más angustia pasar mis días sin nadie con quien hablar. Salía todas las noches para no tener que enfrentar el silencio.

Velcro para mí es como un perro. Está ahí ca-da vez que vuelvo a casa. Es discreto, trae pocos amigos. Desde que dejó de verla a Aldana se dedica a terminar con las materias que le que-

dan de tercer año.

Cada martes, al final de la tarde, vamos juntos al supermercado de enfrente. Velcro juega tos al supermercado de entrente. Veicro juega con los *stickers* que le ponen a la fruta y la ver-dura cuando las pesan. Pone el de las manzanas en la bolsa de las uvas y el de las uvas lo pega directamente sobre la cáscara del zapallo. Los cambia siempre de lugar para confundir al caje-ro, que nunca se da cuenta de nada.

A medianoche, desde el balcón, Velcro me hace notar cómo los basureros se llevan las bolsas de residuos amontonadas en la puerta del su-permercado. Cada día tiran más y más. En los dos lados de los camiones recolectores hay crita una leyenda: La droga es basura. Las le-tras aparecen invertidas y eso complica la lectu-ra. Se lo señalo a Velcro y le explico: "Eso es un mensaje subliminal".

Los basureros no terminaron todavía con la cuadra cuando suena el teléfono. Velcro entra a

atender, Es Cecilia, mi ex novia. Me pregunta qué hago. Le digo que estoy en el balcón mirando la ciudad. Quiere saber quién contestó el teléfono. "Velcro", le digo. Se queda en silencio. Yo tampoco digo una palabra. Ella no sabe quién es Velcro y a mí me resulta demasiado difícil explicárselo.

Se reproduce aquí por gentileza del autor.

Por Martín Rejtman

Nada se pierde y todo se transforma en los relatos de Martín Rejtman y el inédito que aquí se ofrece no es la excepción a la regla. Creemos conocer los resortes de la trama y -de improviso- las motivaciones cambian y los personajes también. "La literatura para mí es como una droga", explica alguien. Y tiene razón. Autor del libro de cuentos Rapado y director del film homónimo, Reitman (Buenos Aires, 1961) espía y escucha a sus personajes con mirada clínica y oído privilegiado, seguro de que -como puede leerse en otro de sus relatos- "la gente no se fija en lo que dice cuando cree que nadie la escucha". Los personajes de Martín Rejtman tampoco.

COVISUR ESTA TEMPORADA, LE BRINDA LA SEGURIDAD Y EL CONFORT DE PODER VIAJAR POR EL PRIMER TRAMO DE UNA RUTA CON DOBLE CALZADA, UNA HACIA CADA LADO.

Resumen: El narrador es Pirovano, un ex arquero que usa un guante de guardavalla en su mano izquierda para ocultar un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula de su edificio entra en el Buenos Aires subterráneo del que emerge como Catcher, agente de Magia. Etchenique lo ayuda y atribuye a "Ibrahim" las muertes del Troglodita y Narvaja; los Gigantes sospechan de él. Ahora. Catcher entró en acción.

lida expeditiva que incluía apoyo logístico y cobertura nocturna para la operación que encararía. Después pidió contacto con su prisionero y estuvo diez minutos a solas con Melgar Zapico que no sabía dónde estaba ni desde cuándo, que nunca lo sabría-en una caja metálica apenas más grande que un ascensor acostado.

Cuando le respondió las seis o siete preguntas fundamentales sin necesidad de presionarlo, sintió que la madeja se enredaba bastante bien, que sólo quedaban unos pocos nudos definitivos, de esos que sólo cabe cortar. Las piezas del rompecabezas encajaban sin rechinar. Y el hombre del baúl tampo-co rechinaba; mejor para él.

-Vas a venir conmigo -le dijo al final.

Sin transición, sacó el 38, apuntó sobre su cabeza y disparórápidamente, una sola vez. El estruendo del balazo en ese ámbito pequeño y cerrado fue tan elo-cuente como el agujero en la pared me-tálica, apenas centímetros arriba del rebelde remolino negro de pelo boliviano. -Y vas a hacerme caso, Melgar.

El Troglodita estaba menos desparramado que antes pero tan muerto como entonces. Cuidado como un trágico bebé, el cadáver mentía una lozanía que ocultaba las horas de otra vida. Catcher veri-ficó una vez más el detallado informe en que Lacana & Cía rendían cuenta de muelas, contenido de bolsillos, ángulo de puñalada, horas y minutos de deceso, composición de la tierra en los zapatos y de los restos bajo las uñas crecidas. Zolezzi no había sido manuable en

vida –125 kilos de huesos, músculos y grasa empedernida— y coherentemente resultó un resto mortal apenas gobernable. Había llegado por vía fluvial y lo sacaron en camilla y cuatro ruedas silenciosas, forzándole una rígida voluntad muscular que lo sobrevi-vía. El perplejo Melgar empujaba obediente mientras Catcher preparaba to-do en la predispuesta ambulancia. Su-bieron al durísimo pasajero y cerraron las puertas traseras. Con Melgar tan tie-so como Zolezzi a su lado, Catcher puso el freno de mano y sin moverse del volante operó la salida conectando el terminal a la E que titilaba en la pared,

junto a la gama fosforescente. Hubo un chasquido, el techo se corrió y apareció un rectángulo de estrellas mientras el vehículo se elevaba vertical como en un montacargas que lo dejó, en segundos, sobre el parejo empedrado tangente con las aguas del Dique 1. El Espacio se disolvió bajo las ruedas de la ambulancia; toda huella del secreto reducto quedó disuelta en el temblor eléctrico del aire circundan-

Catcher aceleró y las estrellas acom-

Salió del puerto por Brasil, puso la sirena y entró raudo y aparatoso en el Ba-jo; dobló en Parque Lezama hacia la Boca por Almirante Brown, pasó frente al



perplejo Hospital Argerich y después de unas cuadras dio la vuelta en "u" y estacionó frente al Salón Verdi.

Apagó la sirena y esperó.

—¡Qué hacemos? —dijo Melgar.

—Nada por ahora.

No había luces exteriores ni aparentes. La vieja sala que alguna vez había reunido contingentes obreros encrespa-dos de consignas y puteadas, el salón de los enfervorizados anarcos que clama-ban por sindicatos libres o por la vida de Saccoy Vanzetti era ahora, habitualmente, un reducto de la berretada bailantera.

En este caso, según los afiches laterales penosos y elocuentes, era sólo el último y engañoso puerto para una troupe de Gi gantes que alguna vez habían luchado por algo y que mañana se trenzarían diezmados entre las cuerdas y la lona.

vió hacia Melgar, le puso el 38 en las costillas y la mano

enguantada en la cabeza:

—Quedate quieto así —dijo. El gerente de ventas de Integral Body House obedeció.

Catcher sacó del interior de su chaqueta un pequeño dispositivo que pa-recía a simple vista un walkman negro con un pequeño pasacasete y se lo co-locó al azorado Melgar bien enterrado

en los oídos. ¿Oís algo?

El otro negó con la cabeza. Catcher oprimió dos botones del pa-sacasete y volvió a preguntar:

-¿Y ahora? -180... 179... 178... -dijo Melgar. -Son segundos. Eso es una cuenta regresiva...-explicó.

El otro estaba cada vez más asusta-

do.

-Y esto...-y Catcher le mostró el pa-sacasete mientras se lo ponía en el bol-sillo posterior del pantalón- es un ex-plosivo personal; no te digo una granada porque es poco. Basta para reven-tarte el culo: bah, quedarías todo culo...

Los ojos de Melgar amagaron saltar pero se quedaron ahí.

¿Cuántos segundos van? -lo consultó Catcher

-164... 165.

 Andá y vení; tenés tres minutos.
 Yo sé que están adentro. Entrás y les decís que estoy acá para terminar con ellos si no negocian conmigo. Que sé quién y por qué mataron al Troglodi-ta. No trates de tocar el walkman o el

casete porque estalla. Y no es verso...

-Voy ya -y Melgar se apuró-. Pero... ¿y si no quieren salir?

Catcher levantó las cejas, hizo el es-tallido en el aire.

El coordinador de internos del Instituto de la Buena Hierba salió despedido hacia la vereda como si en realidad hubiera ya estallado algo en su bolsillo

Catcher lo vio llegar a la puerta y abrirla sin esfuerzo. Hubo un parpadeo de luces interiores y de nuevo la oscuridad: estaba adentro.

Pasaron segundos sin ruidos ni gri-tos ni corridas. Pasó un minuto. Catcher puso en marcha la ambulancia y la colocó exactamente frente al salón. Minuto y medio después la puerta se abrió y apareció Melgar, corriendo, y

se abalanzó sobre la ventanilla:

-9... 8... -gritó.

-; Y? -dijo Catcher imperturbable, mirando al frente

-Tienen a Bárbara -gritó-; por favor 6 5

-¿A Bárbara? -y se rascó la barbi--. ¿Aceptarán cambio de bolita? -3... 2... -Iloró Melgar. -Bolita por

chica, digo -y lo desconectó.

Mañana: 38. De e

ZANAGRAMA

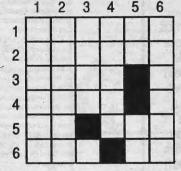
Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES

- 1. Iteran.
- 2. Escapó. 3. Pozo.
- 4. Rico. 5. Os./ Bio.

6. Seo / Ra. VERTICALES

- 2. Copies. 3. Aire.
- 4. Rocia
- 5. An / Ab.
- 6. Rumias.



UNO-DOS-TRES

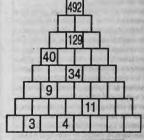
En cada casilla van una, dos o tres letras, pero en ninguna línea horizontal o vertical hay dos casillas con la misma cantidad de letras.



HORIZONTALES: 1. Palo o cayado para apoyarse. 2. Agregáis. 3. Cubierta de oro.

VERTICALES: 1. Regado, humedecido. 2. Ir a algún sitio. 3. (Diego de...) Fundador de

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.





CORRESPONDENCI

to de st

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Películas de ciencia ficción

1. "2001" A. George Lucas 2. "Encuentros cercanos del ..." B. Ridley Scott 1. "2001"

3. "Bladerunner C. Steven Spielberg.

4. "La guerra de las..." D. Stanley Kubrick

Flores nacionales 1. Portugal A. Jazmín 2. India B. Girasol 3. Alemania

C. Flor de lis D. Amapola 1. Agamenón

4. Jasón

4. Chile

2. Edipo 3. Orfeo

Parejas griegas A. Yocasta B. Clitemnestra C. Medea D. Eurídice

Sedes de mundiales de futbol

A. 1986 1. Francia 2. Inglaterra

B. 1966 C. 1938 D. 1962 Aparición W mensual

La Súper Revista de Pasatiempos

Veramo/4

4. Perú